

# DE MÚSICA



## TRES OBRAS NUEVAS

Terminada la temporada musical en Madrid, y con los dudosos resultados para el progreso artístico que todos sospechamos, ahora el interés se traslada á provincias, á San Sebastián, y sus conciertos de Bellas Artes á Bilbao, y las audiciones de la orquesta de Colonne, verificadas en el presente Mayo, y en cuyas capitales y comparativamente á la proporcionalidad de elementos, se hace más arte y más sinceramente que en Madrid.

Con motivo de la reinstauración de la fenecida Sociedad de Amigos del País, que fundó en Guipúzcoa el célebre conde de Peñafiorida, se celebró el 9 de Abril último por la Sociedad de Bellas Artes de la capital donostiarra un concierto, cuya orquesta dirige inteligentemente el señor Larrocha.

El interés del programa está en su primera parte, en la audición por primera vez en España del *Manfredo*, de Schumann; *La muerte de Ofelia*, del compositor ruso Lœup, y el poema sinfónico *Hamlet*, de Listz.

Figuraba en la segunda parte del programa *La Pastoral*, ya vulgarizada en nuestro país para que se pretenda descubrirla.

El esfuerzo artístico es innegable é indica el grado de cultura musical de San Sebastián. Las obras interpretadas por primera vez formarán seguramente repertorio.

El *Manfredo*, de Schumann, no es, sin embargo, la obra más imperecedera del «poeta de la música».

Como Mendelsshon, con quien conserva analogías, la inspiración

melódica en el *Manfredo* sigue su curso rectilíneo, sin intermitencias y convulsiones; es el procedimiento del primer tiempo de la «sinfonía romana» de un carácter único é idéntico en las frases todas de su desarrollo; como en este himno, de una música de lirismo triunfante, luminoso, meridional, los violines primeros parecen detentar la melodía en el *Manfredo*, que en las obras modernas circula por toda la orquesta. Solamente en algún pasajero episodio llega aquella á distribuirse en los diversos instrumentos que en la obra de Schumann, hermosa, sin embargo, concurren secundariamente al conjunto.

Schumann tiene otras creaciones embebidas de ese sentimiento de desolación moral, que es el rasgo de su poderosa individualidad artística, más personales aún que el *Manfredo*.

En esta composición, algo uniforme por la persistencia de la misma tonalidad, ritmo, color y carácter, el oboe entona al final un tema doliente que por su estructura recuerda la misma fase de la «marcha fúnebre» de la *Heróica*: es uno de los gemidos de un dolor sereno, que preceden en Beethoven á sus grandes explosiones pasionales, en que la armonía se desencadena con el estruendo de ola que rompe en la barra, y hasta donde llegó como una onda profunda y tranquila. En la interesante página de Schumann, el tema musical espira sin sacudimientos, como reclinándose y muriendo en un *pianísimo* delicado.

A continuación de las armonías inaugurales, hábilmente moduladas, que inician «La muerte de Ofelia», surge como una imagen perfectamente clara, diseñándose en un obligado de violín, el único asunto melódico de esta composición.

La elección de un tema más ideal é inspirado hubiera engendrado una obra maravillosa; pero aquel, quizá algo vulgar, no corresponde á los esplendores de la orquestación moderna, utilizados equivocada, pero felizmente, por el joven compositor ruso; como trabajo de construcción, *La muerte de Ofelia* es sorprendente y puede decirse de su autor que es mejor arquitecto que poeta.

De Listz, cuyo magistral poema sinfónico *Hamlet* se ha interpretado por primera vez en España en el mencionado concierto, se han escrito en este país mil injurias, que ponen á uno los nervios de punta.

No hace mucho que alguien dijo que su poema el *Tasso*, era algo así como una sesión de pirotecnia.

A este colosal compositor le tengo por uno de los autores de más

intención. La energía, la destemplanza moral pocas veces se han expresado con tanto vigor y con un estilo tan desabrido y exacto, rápido y quemante como un fustazo.

Para nada entra en esta apreciación favorable su célebre *Rapsodia húngara*, que la tengo á un lado, juzgándola bien inferior á otras maravillas de este músico, que continúa desconocido en España.

Con ese arte predilecto de Listz de acudir á las tonalidades graves, el *Hamlet*, que denota su parentesco con el *Fausto*, de Wagner, se desenvuelve con progresiones de gran magnificencia y fuerza; el *crescendo*, que sigue un curso sinuoso, desigual, alterado, pero progresivamente jadeante, prepara, después de haber rugido la orquesta al llegar á su más alto grado de tensión y fiebre, la aparición de la *Sombra de Ofelia*, expresada por un motivo metódico del violín de gran nitidez en el dibujo, que parece flotar sobre las cromáticas sombrías de los contrabajos; es una situación escénica elocuentemente expresada.

Cuando la sombra se desvanece y se apaga la nota *armónica* final del violín, este fragmento musical tiene una admirable violencia de expresión y carácter. Los primeros violines, á toda extensión y presión de arco, cantan un tema delirante, mientras las tonalidades fundamentales de la orquesta se agitan con poderosas conmociones. Esta admirable escena de *Hamlet* riéndose históricamente, está trazada soberbiamente por Listz.

El *Hamlet* de Listz, en este culminante pasaje, estremece con escalofríos, con las poderosas sensaciones de un arte grande por su extensión y genio.

IGNACIO SALAVERRÍA.

